

216 Otras versiones:

El enamorado que viste,
¿De qué color viste?
La dama que ama,
¿Cómo se llama?

El enamorado esté advertido,
Que queda dicho mi nombre
Y el color de mi vestido.

217 Como las anteriores, forma parte de un cuento de adivinanzas. Véanse sus análogas extranjeras en el que, por vía de muestra del género, inserto a continuación de estas notas.

LAS TRES ADIVINANZAS

CUENTO POPULAR. (1)

Allá en los tiempos de Mari-Castaña, como quien dice, hubo en cierta nacion un rey, pariente quizás de aquel otro de quien se asegura que rabió por gachas. Tenía el tal rey una hija tan sabihonda y despavilada en esto de descifrar adivinanzas ó acertijos, que su padre, confiado en su talento, echó un bando haciendo saber á todo el mundo que el que dijese á la princesa tres adivinanzas que ésta no pudiera acertar, se casaría con ella.

No era grano de anís la recompensa ofrecida y muchos sabios de las cuatro partidas del mundo se despepitaron por acudir á la corte en busca de la ganga de hacerse principes á costa de unas migajas

(1) Escribí este cuento para *La Enciclopedia* y vió la luz en los ns. 1.º y 2.º de la segunda época, 1879. Redactado sin datos orales, sólo con un lacónico apunte que me cedió DEMÓFILO, no pude ser consecuente con una opinión mía, que he visto, há poco, afirmada y robustecida por el sabio orientalista y mitólogo MAX MÜLLER, con estas palabras: «La novella dovrebbe darsi, per quanto è possibile, colle ipsissima verba del narratore.» (*Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*, fasc. 1, Palermo, Pedone-Lauriel, 1882.)

de ingenio. Hubo alguno de ellos que entre sus tres adivinanzas puso la siguiente:

Yo soy un gigante de grande valor;
Tengo doce hijos de mi corazón;
De estos doce hijos tengo treinta nietos;
La mitad son blancos, la mitad son prietos;

hubo otro que, como si dijera cosa del otro juéves, propuso:

Grande cuando chica,
Grande cuando vieja
Y chica en la edad media

y no faltó, por último, quien, creyendo que la princesa no era mujer *leída y escrita*, se apropiara el antiquísimo enigma de la Esfinge y lo enjaretase de este modo:

Soy animal que viajo
De mañana á cuatro piés,
A medio día con dos
Y por la tarde con tres.

Pero la princesa dejó á todos los sabios con un palmo de narices, pues acertó al vuelo todas las adivinanzas que se le dijeron, y cuenta que pasaban de milenta los golosos que habían acudido al oloreillo de la promesa del rey. La fama del saber de la princesa cundió por todas partes y no quedaba perro ni gato, vamos al decir, que no tomase el tole hácia la córte para probar fortuna.

Una noche, un tal Gilote, que vivía en una aldeilla de poco más ó menos y que pasaba por tonto de remate, dijo á sus hermanos, quienes, dicho sea de paso, ya estaban hasta el pelo de aguantar sus bobadas:

—Muchachos, nuestras cabras sólo nos dan para mal comer y peor vestir y ogaño se presenta rematado de malo. Yo me voy á meter á otro oficio.

—Y ¿á cuál?—le preguntó Perico, que pasaba por listo y que, en efecto, sabía las tres reglas de la gramática parda.

—Pues me voy á meter.... ¡á príncipe!—contestó Gilote, como quien no dice nada.

—¡A príncipe...!—repitió Perico en són de burla. —¿Vas á decirle á la princesa las tres adivinanzas...?

—¡Cabalito!—repuso Gilote, rascándose la coronilla, como si ya las estuviese urdiendo.

—¡Pero vén acá, zopenco y bobalicon que eres, —replicó el otro hermano.—¿Quién te ha dicho que tú vas á llevar el gato al agua, cuando hasta D. Canuto, el maestro de escuela, se ha llevado chasco y ha temido que volverse acá rabo entre piernas, despues de gastarse en el viaje lo que tenía y lo que no tenía?

—¡Toma, toma...! Es que el maestro de escuela no sabe dónde tiene las narices. Y, en fin, yo quiero ser príncipe, y donde ménos se piensa salta la liebre, y punto en boca, y cada cual hace de su capa un sayo.

Y, diciendo y haciendo, por la mañanita muy temprano, ántes que sus hermanos despertaran, metió dos panes en las alforjas y, montando en su burra, que se llamaba Paula, emprendió el camino hácia la córte, sin sospechar que aquéllos, que, despues de todo, envidiaban la buena suerte que en todas cosas le cobijaba, habían envenenado los dos panes.

Ya que Gilote anduvo un buen trecho, vió al lado del camino unas higueras con unas brevas que se metían por los ojos, de gordas y hermosas, y el bobo, entrando en ganas de comer de tan vistosa fruta, echó pié á tierra y comenzó á atracarse de brevas, hasta poder tentárselas con el dedo. Mientras tanto, la burra, por no ser ménos que su amo, volvió bonitamente el hocico hácia las alforjas y se comió el pan, muriendo envenenada á los pocos instantes, como igualmente

siete pájaros que comieron de la carne de la burra y tres pobres que, al encontrar los siete pájaros, vieron el cielo abierto y se los metieron entre pecho y espalda.

No es de presumir que Gilote estuviese atracándose de brevas todo el tiempo que tardaron en acaecer tantas muertes; mas sea de esto lo que quiera, el caso es que vió la mortandad y comprendió que de buena se había escapado prefiriendo las brevas al pan.

—¡Ya tengo la primera adivinanza!—se dijo, saltando de contento.—¡A buen seguro que no ha de acertármela la princesa, aunque sepa, más que Brijan (1) y que Merlin:

Paula muerta mató á siete
Y siete mataron á tres.

Y más alegre que unas castañuelas, prosiguió su caminata un ratito á pié y otro andando, sin impertársele un ardite de las malas entrañas de sus hermanos ni de la muerte de su burra Paula.

Iba el bobo de mi cuento anda que te anda y ya el hambre comenzaba de nuevo á picarle en el ombligo, cuando cata aquí que el buen sino de Gilote, que en todas partes le protegía, hizo que viera una liebre que estaba acurrucada junto á un terruño, á pocos pasos del camino. Echarle la vista encima y tirarle una piedra todo fué uno; pero la liebre, que, á la cuenta, tenía más días en que vivir, echó á correr como alma que

(1) ¿Ha existido realmente ese Brijan, tan nombrado y renombrado por el pueblo? Y, en caso afirmativo, ¿será el famoso gramático NEBRJJA, *el Lebrijano*, como por antonomasia le llamaban? Por la transformación no habría que extrañarlo: bien pudo decirse *Brijan de Lebrijano*, como se dice *Tobalo de Cristóbal* y como por villano se dijo *villan*, aféresis y apócope que se avienen perfectamente con la manera de ser del habla andaluza. Limitome á apuntar la idea, como mera hipótesis: no se me tache, pues, de visionario.

lleva el diablo, yendo á dar la piedra en la cabeza de otra liebre, preñada, por más señas, que detrás del terruño dormía, y la cual hasta este momento no había visto Gilote.

Ufano con su presa, pero hallándose sin pedernal ni eslabon con que hacer lumbre para asarla, se dirigió á una ermita cercana y, sin andarse en tiquismiquis ni contemplaciones, asó la liebre, como Dios le dió á entender, en la luz de la lámpara, bebiéndose, despues de haber comido, toda el agua del vaso donde ardía la mariposa.

Reanimado por tan sustanciosa colacion, emprendió nuevamente el camino, diciendo para su colete:

—Pues, señor, ya pareció la segunda adivinanza, que, ó yo soy un bolo, ó le echa la pata á la primera. Á ver si encuentro manera de enjaretarla:

Tiré lo que ví,
Maté lo que no ví;
Comí carne muerta y por nacer,
Pasada por las llamas de la Iglesia;
Bebí agua ni en el cielo ni en la tierra.

Repitiendo á media voz las dos adivinanzas iba el bueno de Gilote, para grabarlas bien en la memoria, y ansiaba por momentos que llegase la ocasion de desembucharlas ante la princesa, quien, de seguro, despues de esforzarse en vano por descifrarlas, había de darse por cachifollada y otorgar, por ende, su blanca y delicada mano al robusto muchachote.

Con éstas y con otras más trascendentales si ménos honestas imaginaciones iba regodeándose nuestro hombre y ellas le hacían menudear el paso en tal manera, que no parecía sino que en los talones le habían nacido alas. Andando, andando, llegó á un rio y vió la burra flotando en él, con tres pájaros encima.

—¡Caramba!—exclamó Gilote, mirando el cadáver de la jumenta.—Miren por dónde se aparece mi Paula para darme el último acertijo:

Duro sobre blando
Y tres pájaros encima cantando.

Y, ya con sus tres adivinanzas, apretó el paso y, en ménos que se persigna un cura loco, se encajó en la ciudad, que ya cerca estaba, y se coló en el palacio del rey como trasquilado por iglesia.

Pintar el asombro de Gilote al penetrar en los suntuosos salones del palacio y referir ce por be las burlas de que fué objeto por parte de los cortesanos y los dengues que hizo la princesa, al ver que un tío zamarro, bobo por las trazas, solicitaba nada ménos que su mano, referir lo uno y pintar lo otro—digo—sería cuento de nunca acabar; baste, pues, decir que repetidas por Gilote las tres adivinanzas, con ese aire socarrón que siempre acompaña á la rústica malicia, la princesa se dió de calabazadas y, por más que aguzó el magin, no dió pié con bola, con gran alegría de Gilote, sorpresa de los cortesanos y vergüenza del rey, á quien la nunca vista torpeza de su hija habia puesto, que se le podían tostar habas en el colodrillo.

Cariacotecida estaba la princesa y pesarosa de verse precisada á casarse con Gilote, que, aunque rollizo, sanote y no mal parecido, segun ella pensaba mirándole con el rabillo del ojo, olia á pobreton á legua y media y tenía unas maneras muy abrutadas, propias de quien, como él, sólo habia tratado con gañanes y pastores. El rey, en tanto, renegaba de su suerte y del maldito campesino que, con sus manos lavadas—mejor dicho: sin lavar—habia venido á emparentar con él, como si de cosa hacедера y baladí se tratara. Al cabo, haciendo de tripas corazón, y creyendo haber hallado un medio apropósito para meter miedo á Gilote y hacerle desistir de su intento, empezó el rey á echar sapos y culebras por aquella real boca y dijo, por último,—á todo esto, sentado en el trono, que era todo de oro y plata y tan alto, que le hacia topar con la cabeza en el techo:—

—En fin, y para remate de cuentas: si en el término de tres dias con tres noches no acertare mi hija tus tres adivinanzas, se casará contigo; pero si las acierta, para castigar la osadía que has tenido en venir á emparentar conmigo, siendo no más que un cabrero nacido en las malvas, te haré ahorcar enfrente de los balcones de mi palacio. ¿Estás conforme?

Y, esto dicho, guiñó el ojo maliciosamente á su hija, como diciéndole:—Ahora verás como se asusta y toma las de Villadiego.

Gilote, que habia escuchado las palabras del rey con todos sus cinco sentidos puestos en las orejas, se quedó con tanta boca abierta y sin decir oxe ni moxe ni saber qué camino tomar; pero, reflexionando que de ningún cobarde se ha escrito nada y teniendo casi la seguridad de que la princesa, al fin y al cabo, se quedaría en ayunas en lo tocante á acertar las adivinanzas, sacó fuerzas de flaqueza y dijo, encogiéndose de hombros, como aquel á quien lo mismo le da por lo que va que por lo que viene:

—Estoy conforme y ¡salga el sol por Antequera!

El rey se mordió los labios de coraje y mandó á Gilote que se retirase á la habitacion que para él en el mismo palacio habian dispuesto.

Mientras tanto, la princesa, á quien el rey habia echado una reprimenda de padre y señor mio, fué y ¿qué hizo? llamó á una de las camaristas y le encargó que, tan lúego como llegara la media noche, se fuera á la chita callando al cuarto de Gilote, á ver si, aprovechándose de su sueño, ó por medio de halagos y caricias, podía hacerle revelar la significacion de las adivinanzas. Obedeció la camarista sin dificultad—que nunca la hay para obedecer á una princesa—y, llegándose á tuestas hasta la blanda cama en que nuestro bobo dormía á pierna suelta, le despertó con suavidad y blandura y estuvo platicando con él hasta cerca del alba; pero sin que, apesar de toda su maña, pudiese conseguir el fin que se proponia.

Enterada la princesa, á la mañana siguiente, del ningun resultado de su proyecto, dió igual encargo para la noche próxima á otra de sus camaristas, mujer que, por su travesura de ingenio, era capaz de contarle los pelos al diablo. Pero ¡ni por ésas! Gilote, herre que herre, se mantuvo en sus trece sin soltar prenda y la camarista, alicaida y desengañada, se separó de él al rayar el día, sabiendo del asunto ni más ni ménos que su compañera; esto es: nada entre dos platos.

—A las tres va la vencida,—se dijo la princesa, entre temerosa de quedarse con las ganas de conseguir su deseo y esperanzada en lograr por sí propia lo que no habia podido por medio de sus camaristas. Y disfrazada con el vestido de una de ellas y resuelta á hacer cuanto estuviese de su parte para no volverse de vacío, á media noche se escurrió, callandito, callandito, como quien no quiere la cosa, por los corredores del palacio, hasta penetrar en el cuarto de Gilote, que dormía como un liron, á juzgar por los ronquidos que de la habitacion salian y que se dejaron de oír apenas entró la princesa; señal de que ésta se habia ido derecha al asunto, sin andarse por las ramas.

Y se oyeron cuchicheos y rumores, y aún medias palabras; tanto es así, que el bufon del rey, hombrecillo chiquitín y contrahecho, que se pasaba las noches de claro en claro andando de cecca en meca por los pasadizos y patios del palacio, y que acertó á pasar por la puerta de la habitacion de Gilote cuando dentro de ella sonaban los dichos ruidos, se puso á mirar por el ojo de la llave para ayudar al oído con la vista, aunque, segun es fama, se quedó con el deseo de saber quien hacia compañía al bobalicon recién llegado, porque el cuarto estaba á oscuras y no pudo ver ni gota.

Una chispa ántes del amanecer, la princesa, perdida ya toda esperanza de arrancar á Gilote, con súplicas ó con halagos, el secreto de los acertijos y

temerosa de ser conocida por él, salió precipitadamente de la habitacion, toda ruborosa y despeñada, y no sin dejar un giron de su fina camisa de holanda entre las manos del descontentadizo Gilote, á quien, por lo que se colige, le habia sabido á gloria la misteriosa entrevista, cuando á brazo partido luchó con la desconocida dama para impedirle la fuga.

Por lo visto, las bobadas de Gilote habian pasado de castaño oscuro, pues la princesa, muy afligida y ojerosa, se dirigió hácia las habitaciones de su padre y, llorando si tenia que llorar, le contó, sin quitar punto ni coma, todo lo sucedido, suplicando, por último, al rey que de ninguna manera consintiese en casarla con quien, por mil y más razones, era indigno de tan gran honor. El rey se puso hecho un basilisco al enterarse de la ocurrencia y, despues de regañar de lo lindo á su hija, que allí se estaba haciendo pucheros y como quien nunca ha roto un plato, soltó la lengua contra Gilote y dijo:

—Yo le diré á ese bribon cuántas son cinco. Á fé, á fé que tengo yo muy malas pulgas cuando me hacen una jugarreta y, más pronto que Dios pintó á Perico, voy á mandar que levanten un tablado y una horca para que cuelguen á ese tunanton.

Dicho y hecho: una turba de soldados fué enseguida á la habitacion de Gilote y, levantándole de la mullida cama poco ménos que á puntillones, le amarraron y ¡zás! le zamparon en un calabozo. Fácil es adivinar cómo se quedaria el pobre hombre cuando supo que en vez de casarse con la princesa, cosa que ya él creía tener en la mano, iba á morir con los zapatos puestos; lloró, pateó, se tiró de los pelos, pidió misericordia; pero todo fué machacar en hierro frio: el rey tenia palabra de rey y no hubo forma de hacerle apear de su burro.

Hete aquí al pobrecito de Gilote hecho el rigor de las desdichas y que, por buscarle tres piés al gato, me lo sacan del calabozo y, con acompañamiento de sol-

dados, ministriles y pregonero, me lo llevan para quitarle la vida. Entretanto, enterada la gente de la justicia que el rey mandaba hacer, se habían llenado de bote en bote las calles y plazas; y ¡lo que es el mundo! las mismas personas que el día antes, cuando se tenía por cosa segura el casamiento de Gilote con la princesa, se hacían lenguas para alabarle, esas mismas decían, al verle caminar hácia la horca:

—Miren, miren el bobo, que no sabe más que comer ajos, y quería casarse con la señora princesa! ¡Pero no haya cuidado, que ya le dirá el verdugo lo que es bueno!

Subió Gilote al tablado y, aunque estaba más muerto que vivo, cástate aquí que, al ver al rey y á la princesa en un balcon del palacio, echó sus cuentas en un periquete y, á salga lo que saliere,—que no era ocasion para andarse con melindres,—gritó con voz desaforada, que debió de oirse en dos leguas á la redonda:

—Señores.... La primera noche, estando en acecho, me entró una paloma; la tiré y no la maté. La segunda noche, estando en acecho, me entró otra paloma; la tiré y tampoco la maté. La tercera noche, estando en acecho, me entró una corza; tiré y la maté, y en prueba de ello aquí está la piel.

Y diciendo esto, enseñó el giron de la camisa de la princesa, que, cabalmente, para que no se pudiera dudar de quién era, tenía bordadas las armas reales.

Un griterio de todos los diablos se levantó en la plaza: todo el mundo comprendió lo que había sucedido y empezó á pedir perdon para Gilote; y la princesa, para quien, despues de todo, no era el cabrero saco de paja, consiguió del rey no sólo que le perdona-se, sino tambien que decretara el casamiento, como medio de lañar el quebrado honor de la real familia. Pocos dias despues se celebraron las bodas, con gran contentamiento de todos, especialmente de Gilote, que no cabia en el pellejo, de alegre y regocijado. Hubo

toros y cañas, bailes y músicas y otras mil diversiones; el rey llegó á querer de corazon á su yerno, á la princesa le sucedió otro tanto y Gilote, á lo bobo, á lo bobo, es fama que tuvo la habilidad necesaria para hacerla madre de muchos principitos, que, andando el tiempo, llegaron á hacer la felicidad de sus numerosos súbditos.

Y colorin colorado,
Ya está mi cuento acabado.

~~~~~

Á las adivinanzas de este cuento corresponden las siguientes, que, casi en su totalidad, pertenecen á otros de la misma clase:

Una ribagorzana (DEMÓFILO, 383-84):

Un cazador fué á cazar,  
Cazó de lo que no vió  
Y comió de lo que no había nacido;  
Durmió entre dos aires  
Y vió que un muerto llevaba un vivo.

—Cazó liebre preñada, comió la cría, durmió en un árbol, vió un cuervo que comía de un burro muerto, arrastrado por la corriente de un río.

Recien publicado el cuento de *Las tres adivinanzas*, el docto bibliotecario de Weimar, REINHOLD KOHLER, remitió á MACHADO y ALVAREZ, por conducto del DR. HUGO SCHUCHARDT dos enigmas populares análogos, uno griego, que se puede ver en la coleccion de DEMÓFILO, 315, y otro italiano:

Sparai a chi vidi e colpii chi non vidi  
 Mangeai carne creata e non nata,  
 La feci cuocere col parole stampata,  
 Ho dormito nè in cielo nè in terra.

Tambien hallo una *divinette* parecida en el curioso libro de EUGÈNE ROLLAND, que tanto material me ha dado para las notas de esta seccion. Véase el n. 414:

Ey conidza entre dous aouros  
 Ey fa fio de poraoulos  
 Ey viscu  
 De ce que dyzomaï o viscu.

Traduccion:

J'ai couché entre deux vents (sous un pont), j'ai fait feu de paroles (avec des lettres ou des journaux) et j'ai vécu de ce qui jamais n'a vécu (de l'air du temps).

Entre las *Novelle popolari toscane* que el ilustre mitógrafo GIUSEPPE PITRÉ ha comenzado a publicar en la notable revista palermitana *Archivio per lo studio delle tradizioni popolari* hallo un cuento (*Soldatino*, 57-64) que concuerda esencialmente con *Las tres adivinanzas* y en cuyo texto se encuentran las siguientes:

Tirai a chi viddi  
 Chiappai chi non viddi.  
 Mangiai carne creata e non nata,  
 Cotta a il fumo di parole.

Stiaccia ammazzò Paola.

Y estas otras en las *varianti e riscontri* que siguen a dicho cuento toscano:

Pitta ammazzò a Masi,  
 Masi ammazzò a Settima;  
 Di Settima nni pigghiò la cchiù minuri.  
 Sparu a cu' vitti,  
 E 'nzertu a cu' nun vitti.  
 Manciai carni cotta cu paroli.  
 Vitti lu mortu chi porta lu vivu.

Esto, en Sicilia. En Venecia se cuenta que «Un cazziator che, tirando a dei oseleti, el gà inveçe copà 'na piegora che la giera gravia, el diseva ste parole qua, magnando l' agnelin che la piegora, cusinà á forza de carta scritta:

Trago a chi vedo,  
 E colpisso chi non credo;  
 Magno carne creata e non nata,  
 E a forza de parole cusinata.»

(BERNONI, *Indovinelli pop. veneziani*.)

Finalmente, en una coleccioncita de *indovinelli* impresa en Bassano se lee que «Un cacciatore avendo tirato ad un cervo, colpì una scrofa selvatica, gravida, e sventratata mangiò il porcello che portava, e per mancanza di fuoco lo finì di cuocer con carta scritta:

Tirai a chi vidi,  
 Colsi chi non vidi.  
 Mangiai carne creata  
 Che ancor non era nata;  
 E finita di cuocer con parole.»

PITRÉ cita, además, otros cuentos de adivinanzas contenidos en las colecciones italianas de DOMENICO COMPARETTI, CORONEDI-BERTI y NEBUCCI.